Mártires y peregrinos

Presencia cristiana en Palestina

Luis Xavier López-Farjeat
Facultad de Filosofía, Universidad Panamericana

A Gabriel Zaid

El 7 de octubre de 2023 ha sido uno de los días más trágicos en la historia contemporánea de Oriente Medio. Durante la fiesta de Sucot, miembros de Hamás y Yihad Islámica Palestina agredieron salvajemente a un grupo de israelíes y personas de otras nacionalidades asesinándolas o secuestrándolas, desencadenando con ello un enfrentamiento bélico con el Estado de Israel. El gobierno de Netanyahu respondió a la agresión con bombardeos constantes y la incursión militar en la Franja de Gaza. Dicha respuesta, para muchos desproporcionada, ha ocasionado una alarmante crisis humanitaria y miles de muertos, entre ellos, niños, mujeres y, en general, personas inocentes. El Estado de Israel se ha mantenido firme y determinante en su decisión de tomar el control de la región y exterminar por completo a los grupos armados palestinos. La comunidad internacional ha reaccionado de distintos modos: a los ojos de muchas personas, Israel está llevando a cabo un genocidio ya que los blancos no han sido sólo las milicias sino también los civiles; otros, en especial israelíes y algunas comunidades judías o sectores simpatizantes del Estado de Israel, justifican la incursión argumentando que la paz será imposible en la región si no desaparecen Hamás y Yihad Islámica. Entre tanto, la tensión empeora, mientras unos y otros claman por la aniquilación del otro, las víctimas del enfrentamiento se encuentran desamparadas, el número de muertos aumenta y, a pesar de las peticiones de la comunidad internacional, hasta el momento, al menos mientras escribo estas líneas, la ayuda humanitaria ha sido a cuentagotas y difícilmente ha podido llegar a su destino.

La situación debe parar. Los rehenes israelíes deben ser liberados y urge detener cuanto antes la masacre de civiles palestinos. Ningún territorio, ninguna frontera, ninguna ideología, vale más que la vida de los seres humanos. No obstante, cuando el odio se vuelve incontenible entre las partes, resulta muy difícil detener el ciclo de violencia. Será difícil persuadir al Estado de Israel de terminar con la incursión militar a pesar de que el sentido común clama por encontrar alternativas de pacificación distintas a la bélica. Por otra parte, ni Hamás ni Yihad Islámica han estado del todo dispuestos a negociar. Mientras las agresiones vienen y van, tal parece que muchos son inmunes al dolor de las víctimas en Gaza. Las más visibles han sido niños, mujeres, personas de edad avanzada, enfermas o heridas. A estas alturas del conflicto son también visibles los muertos de hambre y sed. Todas estas víctimas son sobre todo musulmanas. Junto con ellas hay unas menos visibles, como los cristianos palestinos. Se trata, en efecto, de una minoría cuya presencia se remonta a los orígenes del cristianismo. La inmensa cantidad de literatura académica y no académica dedicada a estudiar y analizar el histórico conflicto palestino-israelí se centra en las tensiones entre árabes y judíos. Con frecuencia se piensa que esta confrontación tiene un motivo religioso, a pesar de que en realidad hay muchas otras variables —políticas, ideológicas, territoriales, económicas— involucradas. Al describir la configuración sociorreligiosa de Palestina, rara vez se tiene en cuenta el papel que desempeñan las comunidades cristianas y menos común todavía es referir a la existencia de cristianos palestinos.

Palestina tiene una población aproximada de cinco millones de habitantes;[1] tres millones están asentados en Cisjordania y el resto en la Franja de Gaza. Si bien más de 90 por ciento de la población palestina es musulmana sunita, también hay en la región una minoría cristiana que muy probablemente llegue al millón de habitantes. Los cristianos de Cisjordania y Jerusalén son alrededor de 8 por ciento de la población.[2] Cisjordania, controlada por Al-Fatah o Autoridad Palestina, permite, a diferencia de lo que sucede en

[1] Los datos poblacionales se actualizan en tiempo real en: https://www.worldometers.info/world-population/state-of-palestine-population/.

[2] A este respecto y para un análisis más detallado sobre la configuración sociorreligiosa en Israel y Palestina, véase: https://palestinianaffairs.state.gov/2022-report-on-international-religious-freedom-israel-west-bank-and-gaza/. Este reporte está actualizado hasta 2022.

Gaza, la libertad de culto. En consecuencia, la vida de los cristianos de Cisjordania es mucho más llevadera. En la Franja de Gaza hay alrededor de tres mil cristianos, la mayoría grecoortodoxos. El Patriarcado Ortodoxo Griego tiene su sede en la Basílica del Santo Sepulcro, en Jerusalén. Sin embargo, en Gaza se encuentra una de las iglesias más antiguas del mundo, la Iglesia de San Porfirio, construida originalmente en el siglo V, pero reconstruida en el siglo XII, alrededor del año 1150, y restaurada en el siglo XIX. En el conflicto más reciente, la Iglesia de San Porfirio dio refugio a varios civiles tanto cristianos como musulmanes. En octubre de 2023, las fuerzas israelíes bombardearon uno de los edificios adyacentes a la iglesia dañando no sólo el recinto sino matando a 16 cristianos y lastimando a otros más que quedaron atrapados bajos los escombros.

Hay también en Gaza un sector muy reducido de católicos de rito romano con un único templo en el área, a saber, la Iglesia de la Sagrada Familia. En diciembre de 2023, a pocos días de celebrar la Navidad, las fuerzas israelíes entraron en la parroquia agrediendo a los fieles. Supuestamente habían detectado un lanzamisiles al interior del templo. La Iglesia de la Sagrada Familia depende del Patriarcado Latino de Jerusalén. La sede de este Patriarcado es también la Basílica del Santo Sepulcro, aunque el Patriarca sólo puede oficiar misa en los tiempos dispuestos por el *statu quo* firmado durante el sultanato otomano de Osmán III en 1757. Desde entonces se estableció que la administración del templo estaría dividida entre el Patriarcado Ortodoxo Griego, el Patriarcado Latino de Jerusalén, la Iglesia Apostólica Armenia y, además, aunque en menor medida, la Iglesia Copta Ortodoxa, la Iglesia Siriaca Ortodoxa y la Iglesia Etíope Ortodoxa. En vista de esta división administrativa, el Patriarcado Latino se ubica físicamente en la Procatedral del Santísimo Nombre de Jesús y representa al Vaticano en Jerusalén. Como puede verse, se trata de un Patriarcado habituado a convivir con diversas iglesias.

Otras comunidades cristianas, también reducidas, son las de los cristianos protestantes, sobre todo, anglicanos, luteranos, adventistas y bautistas. Su situación ha sido igualmente difícil. Por ejemplo, en octubre de 2023 una explosión mató a más de 400 personas, entre estas, palestinos desplazados que habían hallado refugio en el hospital bautista al-Ahli, ubicado en Gaza. Quiénes fueron los perpetradores es algo discutido. Mientras que Hamás y Yihad Islámica culparon a las fuerzas israelíes, Israel sostuvo que la causa de

la explosión había sido un cohete mal lanzado de Yihad Islámica. Se trató de un ataque absolutamente condenable. Hasta la fecha ha sido imposible determinar con exactitud la cifra real de las víctimas de este incidente.

Aunque la presencia de todas estas comunidades cristianas ha sido fundamental para auxiliar a enfermos, heridos y niños desprotegidos, estas se encuentran, junto con el resto de la población palestina, entre dos fuegos: por un lado, la hostilidad de Hamás y Yihad Islámica; por otro lado, las agresiones de las fuerzas israelíes. Mientras que, por razones obvias, algunos cristianos, por ejemplo, los protestantes, se asentaron en Palestina mucho más tarde, la presencia de otras iglesias y comunidades cristianas se remonta al cristianismo más temprano. Es de sobra conocido que Jerusalén es el lugar más sagrado para la cristiandad. La vida de Cristo está ligada a esa región; tal como sostiene la tradición, ahí, en el Gólgota, fue crucificado. Cuando los primeros seguidores de Cristo difundieron su mensaje, comenzaron a surgir comunidades cristianas a lo largo del Mediterráneo. Fue en Maioumas, una pequeña ciudad portuaria, ubicada en lo que hoy se conoce como Rimal, en Gaza, en donde puede decirse que floreció el cristianismo primitivo.[3] Desde ahí se fue extendiendo al resto del territorio de Gaza y hacia la provincia romana de Siria-Palestina.

Se conoce que cuando el emperador romano Constantino I convocó en el año 325 al Concilio de Nicea, el primer concilio ecuménico, estuvo presente el obispo Asclepas de Gaza, depuesto algunos meses después del Concilio, ya en 326.[4] Se discuten los motivos de dicha deposición.[5] No quisiera detenerme en las tensiones políticas y doctrinales de aquel entonces. Destaco, sin embargo, que, entre las autoridades involucradas en la deposición de Asclepas se encontraba ni más ni menos que Eusebio de Cesarea. La figura de este obispo de Cesarea Marítima o Cesarea Palestina es de suma importancia en la

[3] Para una visión completa del contexto y territorios en los que nació y se desarrolló el cristianismo *cf.* Lincoln Blumell *et al*., "The Roman Near East", en William Tabbernee (ed.), *Early Christianity in Contexts: An Exploration across Cultures and Continents*, Michigan, Baker Academic, 2014, pp. 11-62. También Roderic L. Mullen, *The Expansion of Christianity*, Leiden, Brill, 2004.

[4] *Cf.* Hubert Jedin, *Breve historia de los concilios*, Barcelona, Herder, 2013, pp. 16-24; Norman Tanner, *The Church in Council: Conciliar Movements, Religious Practice and the Papacy from Nicaea to Vatican II*, Nueva York, I.B. Tauris, 2011, pp. 7-19.

[5] *Cf.* Gonzalo Fernández, "La deposición del obispo Asclepas de Gaza", *Studia Historica: Historia Antigua,* vols. 13-14, pp. 401-404.

historia del cristianismo primitivo. Destaca, sobre todo, su papel como historiador de la iglesia.[6] En los libros séptimo y octavo de su famosa *Historia Eclesiástica*, se refiere a la persecución de cristianos en la, en ese entonces, provincia romana de Palestina.[7] La información provista en ese capítulo se presenta de manera mucho más detallada en otra de sus obras, *Sobre los mártires de Palestina*, en donde se relatan ocho años de persecución contra los cristianos de Siria-Palestina.[8]

En lo que sigue, reviso los testimonios de dos personajes que aportan información valiosa acerca de la importancia que tienen para el florecimiento del cristianismo los cristianos de Palestina y las zonas aledañas. Por una parte, me referiré a los relatos de primera mano de Eusebio sobre la persecución romana contra los cristianos en tiempos del Emperador Diocleciano. Por otra parte, recuperaré la información provista por una mujer cristiana hispanorromana, Egeria, que vivió, como Eusebio, en el siglo IV. Egeria redactó un conocido libro de viajes, *Peregrinatio Aetheriae*, en donde narra de modo minucioso su visita a varios lugares santos, entre ellos, la Palestina romana.[9] Mientras que en el texto de Eusebio se narran con lujo de detalle la tortura y martirio de los cristianos, el escrito de Egeria, redactado ya en tiempos en que el Imperio Romano comenzaba a debilitarse, resalta la espiritualidad de los cristianos de aquella región. A través de estos dos testimonios puede conocerse la presencia ancestral del cristianismo en Palestina, de la mano de dos figuras paradigmáticas y contrastantes del cristianismo primitivo, a saber, el mártir y el peregrino.

EUSEBIO: SOBRE LOS MÁRTIRES DE PALESTINA

La persecución hacia los cristianos se remonta al año 64, en tiempos de Nerón, y se extiende hasta el 313, año en que Constantino los liberó. Las

6 *Cf*. Timothy Barnes, *Early Christian Hagiography and Roman History*, Tubinga, Mohr Siebeck, 2010; Michael Hollerich, *Making Christian History: Eusebius of Caesarea and His Readers*, Oakland, University of California Press, 2021, pp. 1-46.

7 *Cf.* Eusebio de Cesarea, *The Ecclesiastical History*, vol. II, libros 6-10, Kirsopp Lake (trad.), Loeb Classical Library, Massachusetts, Harvard University Press.

8 *Cf.* Narciso Santos Yanguas (trad.), "Eusebio de Cesarea y los mártires de Palestina", *Helmántica,* tomo 74, núm. 208, 2023, pp. 9-41 [30-41].

9 *Cf.* Egeria*, Itinerario. El peregrinaje de Egeria (Itinerarius Egeriae)*, Juan Ortega y Charis Pérez (trads.), Coppell, Api Art Editorial, 2019.

persecuciones durante los dos primeros siglos fueron sobre todo a personajes en particular. A lo largo del siglo III, en cambio, los perseguidos fueron los cristianos como comunidad y como iglesia organizada. La última persecución fue la de Diocleciano (275-305). Se dice que, en realidad, este emperador tenía cierto aprecio por los cristianos. No obstante, instigado por el césar Galerio, promulgó en 303 un primer edicto contra los cristianos. Más tarde vendrían otros tres con medidas cada vez peores: si en el primero se obligaba a los cristianos a destruir sus templos y entregar sus libros sagrados, en el segundo se pretendía que el clero ofreciera sacrificios a los dioses romanos y, de no hacerlo, la pena era el encarcelamiento; en el tercer edicto la pena era la muerte. En el cuarto se establecía como una obligación para todos los cristianos el ofrecer sacrificios a los dioses paganos.[10]

El testimonio antiguo más importante para conocer la situación de los cristianos en la Palestina romana en tiempos de Diocleciano es, sin duda, el de Eusebio. En sus obras recién mencionadas encontramos información referente a los martirios y tormentos a los que fueron sometidos los cristianos. *Sobre los mártires de Palestina* inicia con un prólogo en donde se reporta la emisión de los edictos imperiales mencionados y proclamados por Flaviano, gobernador de la provincia de Palestina. Eusebio sostiene que en ellos se especificaba que debían destruirse los templos y quemarse los libros sagrados, además de retirar los títulos honoríficos de los cristianos que no renunciaran a sus creencias, y prohibir el derecho a la libertad de los esclavos que se aferraran al cristianismo. También se contemplaban medidas persecutorias contra las autoridades eclesiásticas y los clérigos. El primer mártir de Palestina, según cuenta Eusebio, fue Procopio, un asceta originario de Jerusalén, decapitado el 7 de junio del año 303. Narra Eusebio que, tras negarse a realizar sacrificios y libaciones para los dioses y emperadores romanos, evocó la autoridad de Homero diciendo: "Recuerda aquel verso de Homero: no conviene que haya muchos amos; tengamos un solo jefe y también un solo rey".[11]

[10] *Cf.* Jesús Álvarez Gómez, *Historia de la Iglesia*, vol. I: Edad Antigua, Madrid, BAC, 2001, pp. 85-102.

[11] Eusebio de Cesarea, *Sobre los mártires de Palestina*, 1-13.

Siguieron ese mismo año las ejecuciones de varios otros cristianos: Alfeo y Zaqueo fueron decapitados tras confesar su fidelidad a un solo Dios y a un único rey Jesucristo;[12] a Romano de Antioquía, un palestino, diácono y exorcista en la parroquia de Cesarea, le fue cortada la lengua y, después de ser encarcelado y torturado, fue decapitado.[13] Al año siguiente, en el 304, la situación empeoró durante la administración del gobernador Urbano: Timoteo de Gaza fue sometido a un fuego lento y moderado, mientras que Agapio y Tecla fueron entregados como alimento a las bestias. También fueron ejecutados otros ocho jóvenes: Timolao de Ponto, Dionisio de Trípoli, Rómulo, subdiácono de la parroquia de Díspolis (al noreste de Jerusalén), los egipcios Paesis y Alejandro, Alejandro de Gaza, Agapio y Dionisio.[14]

Es sobre todo llamativa la hazaña de Afiano quien, según narra Eusebio, burló a la guardia de Urbano y, tomándole la mano mientras se disponía a realizar una libación, intentó persuadirle con firmeza de abandonar su extravío y adorar a un solo Dios. Tras este acontecimiento, Afiano fue detenido y torturado: sus costados fueron desgarrados hasta que sus huesos y entrañas quedaron a la vista; sus pies fueron quemados y, finalmente, fue arrojado al fondo del mar.[15] Por aquellos mismos días, Eusebio reporta en la ciudad de Tiro la tortura de Ulpiano (encarcelado con un perro y un áspid), arrojado también al mar, y de su hermano Edesio, torturado y condenado a trabajar en las minas de Palestina. Se dice que Edesio había sido educado en varias escuelas de filosofía y, por lo tanto, tenía la capacidad para argumentar y refutar los ataques hacia los cristianos. Y así lo hizo en Alejandría cuando encaró a un juez cuya crueldad le había llevado incluso a deshonrar mujeres vírgenes y puras entregándolas a lupanares. El precio de su valentía fue, en efecto, la tortura y, más tarde, como su hermano, también fue arrojado al fondo del mar.[16]

Para el año cuarto de la persecución (306-307), en concreto, el 20 de noviembre, cuenta Eusebio que el tirano Maximino, como era costumbre entre los emperadores romanos, ofreció espectáculos para entretener al pueblo.

[12] *Ibid*., 1.
[13] *Ibid*., 2.
[14] *Ibid*., 3.
[15] *Ibid*., 4.
[16] *Ibid*., 5.

Lo que Eusebio describe es, con toda certeza, lo que llamaríamos el "circo romano": se hacían traer animales atípicos de la India, Etiopía y otras tierras exóticas, y hombres adiestrados ejecutaban actos de acrobacia o exhibían alguna destreza especial. Aquel día, Agapio, el compañero de Tecla, fue lanzado directamente a luchar con una osa. Pero antes de Agapio, un individuo acusado de haber asesinado a su amo había sido arrojado a la arena para ser destazado por las fieras. El emperador, sin embargo, mostrando benevolencia y misericordia, le perdonó la vida y lo juzgó digno de honor y libertad. No fue el caso, en cambio, de Agapio, quien, al no renegar de su fe, fue lastimado gravemente por la bestia enorme. Gravemente herido, volvió a su celda y, al siguiente día, fue lanzado al fondo del mar.[17]

En el año quinto (307-308) reporta Eusebio la tortura de Teodosia, una muchacha de Tiro, fiel y virgen, que ni siquiera llegaba a los dieciocho años. Por acercarse a unos prisioneros cristianos para rogarles que se acordaran de ella cuando estuvieran en presencia de Dios, el gobernador decidió torturarla: desgarraron sus costados y sus pechos hasta que sus huesos fueron visibles. Por su parte, los compañeros del presbítero Silvano fueron condenados a trabajar en las minas de cobre, pero antes, se les cauterizaron las articulaciones de los pies.[18] En el sexto año (308-309), se registra la tortura de Firmiliano y de Pablo. Este último, antes de ser decapitado, pidió al verdugo le concediera unos minutos más de vida durante los cuales pidió a Dios por los habitantes de su pueblo, por la conversión de los judíos y oró también por los samaritanos.[19]

La lista de cristianos torturados es considerable: Firmiliano, Antonino, Cebinas, Germano, Ennata, Ares, Promo, Elías, Pánfilo, Valente, Pablo, Porfirio, Seleuco, Teódulo, Juliano, Peleo, Nilo, Patermutio, Silvano, Juan, etcétera. Eusebio relata los martirios llevados a cabo en Palestina durante ocho años. Ello produjo en cada provincia un número incontable de mártires en un amplio territorio, desde Libia, Egipto, Siria-Palestina y Asia oriental hasta su contorno en la región del Ilírico. Una vez extendidas la vida y muerte de los mártires, las Actas de mártires —unas fidedignas y otras no— se

[17] *Ibid*., 6.
[18] *Ibid*., 7.
[19] *Ibid*., 8.

hicieron un género hagiográfico muy común.[20] La vida de los mártires era ejemplar para los cristianos. El sacrificio y la resistencia de los mártires —y de ahí la relevancia pedagógica tanto de las Actas como de los escritos de Eusebio sobre el asunto— fueron cruciales en la conformación del cristianismo. La noción de "martirio" se volvió parte de la teología fundamental. Su descripción es compleja porque involucra un componente activo y uno pasivo, incluso desde la propia figura de Cristo. Jesús se entrega por su propia voluntad, con plena conciencia de su inocencia y con pleno conocimiento de la inconsciencia de sus perpetradores. Isaías 53:7 profetiza la muerte de Jesús: "Maltratado y humillado, ni siquiera abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; como oveja, enmudeció ante sus trasquiladores. Y ni siquiera abrió su boca". Siguiendo el ejemplo de Jesús, los mártires, entre ellos los protagonistas de las obras de Eusebio, enfrentan el poder político y religioso de su tiempo, luchan activamente por sus creencias cristianas y asumen, con temor y fortaleza, que su firmeza les conducirá a la aceptación pasiva y voluntaria de su muerte. Una vez condenados, los cristianos de la antigüedad aceptan su muerte impuesta desde un tribunal imperial y, de manera socrática, asumen el veredicto y dejan de enfrentarse activamente a sus persecutores. Soportan entonces de manera paciente el maltrato y las torturas dejando atrás su papel de combatientes.

En la actualidad, no se les da a los cristianos en Palestina la posibilidad de aceptar su ejecución impuesta desde un tribunal imperial. No obstante, la mayor parte de esas comunidades resiste la persecución y asume que, sobre todo en condiciones catastróficas como las que se viven en Gaza desde los ataques del 7 de octubre de 2023, una forma de dar testimonio cristiano es tender la mano al necesitado, aun a riesgo de perder la vida y morir como aquellos mártires de los primeros tres siglos de cristianismo. La ayuda humanitaria es una forma de combate en absoluta armonía con el legado cristiano. Suelo evocar con frecuencia la interpretación que hace Iván Illich de la parábola del buen samaritano. "El buen samaritano" se ha malentendido como el auxilio al amigo en necesidad. Pero ese no es su sentido correcto. La

[20] *Cf.* Johannes Quasten, *Patrología,* Parte I: Hasta el Concilio de Nicea, Ignacio Oñatibia (editor en español), Madrid, BAC, 1978, pp. 177-186.

esencia de esa parábola es otra: un palestino tiende la mano a un judío herido. Ello quiere decir que el amor a los otros excede nuestras preferencias étnicas, políticas, sociales, religiosas, sexuales, etc. Todos son nuestro prójimo. Jesús destruye la "decencia ordinaria": también hay que auxiliar al "enemigo".[21]

LOS VIAJES DE EGERIA A TIERRA SANTA

Así como en el siglo IV fue algo habitual difundir la vida de los mártires, un poco más adelante, en ese mismo siglo, se popularizó la imagen del peregrino. Los viajes a Tierra Santa fueron cada vez más comunes en la medida en que el Imperio Romano fue debilitándose y, más todavía, con la liberación de los cristianos a cargo de Constantino. Una mujer cristiana, peregrina de Galicia, visitó varios lugares en Constantinopla, Asia Menor, Palestina, Sinaí, Egipto, Arabia y Siria. Hubo quienes pensaron que se trataba de una monja, aunque existen dudas al respecto. Se conserva un manuscrito incompleto —todo indica que una transcripción del siglo XII— de la *Peregrinatio* (también conocido como *Itinerarium*) de esta mujer, compuesto alrededor del 381-384. Hubo, además del de Egeria, otros relatos por el estilo en donde, en efecto, se describían lugares relacionados con las historias bíblicas y, en especial, con la vida de Jesús.

Egeria no fue la primera en escribir un itinerario ni tampoco fue la única mujer peregrina. Melania (*ca.* 365-410), por ejemplo, una mujer de familia adinerada, nieta del cónsul Marcelino, viajó a Jerusalén, en donde fundó un monasterio. Había enviudado y dos de sus tres hijos habían muerto. Encomendó entonces la educación de su hijo a un tutor y se marchó con los padres del desierto. Se sabe que protegió a varios monjes exiliados de Palestina hasta que, finalmente, albergó en su monasterio a cincuenta vírgenes. Existieron algunas otras mujeres con un perfil similar. Egeria, a mi juicio, es llamativa porque proviene de la península ibérica, redacta de hecho uno de los primeros libros de viajes en esa zona, y en él encontramos el testimonio de alguien "externo" al contexto de Tierra Santa. A través de su visita a esas tierras descubre una forma de espiritualidad y es eso lo que quiero destacar.

[21] *Cf.* Iván Illich, *The Rivers North of the Future: The Testament of Ivan Illich*, Toronto, House of Anansi Press, 2005, pp. 50-51.

El itinerario de Egeria ha sido valorado porque en la primera parte describe de manera minuciosa los lugares santos. No obstante, su relato incluye también una segunda parte dedicada a las liturgias celebradas en las iglesias de las regiones que visitó. Esa parte es crucial para reconocer las espiritualidades de Oriente Medio.

Cuenta Egeria que, desde lo más alto del monte Nebo, ubicado al oeste de lo que hoy en día es Jordania, podía contemplarse la mayor parte de Palestina, llamada Tierra de Promisión (*Terra Repromissionis*).[22] Al relatar su recorrido por las regiones aledañas a Palestina, menciona la hospitalidad de las comunidades monacales con las que se iba encontrando. Si bien el itinerario de Egeria aporta información sociológica, geográfica y arqueológica de gran valor, también describe de manera detallada las ceremonias y liturgias de la región —las fiestas de Pascua, Pentecostés y Semana Santa— dando testimonio de la devoción cristiana en Palestina y los territorios cercanos en donde se habían asentado un número considerable de comunidades cristianas. Se refiere Egeria a cómo cada mañana, antes del canto de los gallos, se abrían las puertas de la anástasis (la zona de los templos dedicada a representar la resurrección de Cristo) y monjes, monjas y laicos bajaban cantado himnos, salmos y antífonas. Después describe en detalle cada momento de la ceremonia. Registra que "durante todo el año, se va el domingo a la iglesia mayor, esto es, la que está en el Gólgota detrás de la Cruz, que hizo Constantino, excepto un domingo al año, el de quincuagésima por Pentecostés, en el que marchan a Sion [...]".[23] Como es evidente, esa iglesia mayor es la iglesia del Santo Sepulcro o de la Resurrección (Anástasis). Con ayuda de Eusebio de Cesarea y de Macario de Jerusalén, Helena, la madre de Constantino, se había dado a la tarea de encontrar la tumba de Cristo. En el lugar señalado por ellos se erigió, tras destruir los vestigios de un templo pagano, la iglesia de la que habla Egeria, uno de los lugares más importantes en la historia del cristianismo, hoy conocido como la Iglesia del Santo Sepulcro.

Egeria dedica varias páginas a describir los servicios de la Semana Santa. Lo tradicional, dice, era la celebración de la misa en la iglesia mayor, de

[22] Egeria, *op. cit.,* cap. 12, p. 35.
[23] *Ibid*., cap. 25, p. 76.

nuevo en el Gólgota. Al terminar la ceremonia, el archidiácono se dirigía en voz alta a los fieles para anunciar que toda la semana se reunirían ahí, en el Gólgota o *Martyrium*, y les invitaba a prepararse para la procesión del Domingo de Ramos. Se leía entonces, como se hace ahora, Mateo 21, 9 para recordar y emular aquel pasaje en donde los niños con ramos y palmas salen al encuentro de Jesús. "Todos los niños —escribe Egeria— que hay por aquellos lugares, hasta los que no saben andar por su corta edad, van sobre los hombros de sus padres, llevando ramos, unos de palmas, y otros, ramas de olivo (Mt. 21, 8). De este modo es llevado el obispo de la forma que entonces fue llevado el Señor".[24] Al día siguiente, el lunes, se celebraba normalmente la misa en el Gólgota. El martes, sin embargo, se introduce una variante: después de la misa en el Gólgota, se dirigían los fieles hacia la iglesia del monte Eleona, en donde el obispo leía Mateo 24, 4-5: "[4] Y respondiendo Jesús, les dijo: Miren que nadie los engañe, [5] porque vendrán muchos en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo, y a muchos engañarán". Después de la lectura los fieles regresaban a sus casas.

El miércoles transcurría de manera similar. Pero ese día, al terminar la misa en el Gólgota, se trasladaban el obispo y los fieles a la anástasis para escuchar, de la voz de un presbítero, Mateo 26, 14, el pasaje en donde Judas entrega a Jesús a cambio de treinta monedas de plata. Según el testimonio de Egeria, tras la lectura de aquel pasaje los fieles estallaban en gritos y había incluso quienes lloraban conmovidos.

El Jueves Santo se celebraba la misa en el Gólgota y anunciaba el diácono que esa noche todos debían dirigirse a la iglesia de Eleona. Egeria apunta que sólo por ese día, el obispo llevaba a cabo la oblación detrás de la Cruz. Tras la misa, los fieles iban a sus casas a comer y después se reunían en la iglesia de Eleona para cantar los himnos aptos para ese día. El Viernes Santo se llevaba a cabo la adoración de la Cruz. Cuenta Egeria que, sobre una mesa cubierta con un mantel, se colocaba una arqueta de plata sobredorada con un pedazo del madero de la Cruz. El obispo tomaba cuidadosamente el trozo y, custodiado por los diáconos, lo exhibía para que los fieles se inclinaran, tocaran y besaran esos restos de la Santa Cruz. Y escribe Egeria: "No sé de cuándo data la historia de que uno de los que pasaban dio un mordisco a la Cruz y robó

[24] *Ibid*., cap. 31, p. 92.

un pedazo del santo leño. Por eso ahora está vigilado por los diáconos que lo rodean, no sea que alguien, al paso, se atreva a hacerlo otra vez". [25]

A lo largo de su descripción, Egeria distingue entre aquellas costumbres y prácticas rituales de la región de las que se llevan a cabo "entre nosotros", refiriéndose con ello al catolicismo romano. En efecto, encuentra diferencias entre la devoción de esas comunidades y la suya. Es llamativo que, mientras la primera parte de su viaje está redactada en primera persona, la segunda, en donde uno esperaría un involucramiento absoluto a través de las ceremonias, está redactada en tercera persona. Tengo la impresión de que Egeria se encuentra con algo que le es familiar y a la vez extraño. La espiritualidad de Medio Oriente es enfática, por lo general, en la participación comunitaria, tal como puede verse en las procesiones. Al mismo tiempo, es emocionalmente intenso y sensorial, ascético y escatológico. Podría especularse por qué le habrían llamado la atención aquellas costumbres y prácticas que Egeria apunta en su itinerario. En vista de que no tenemos suficientes datos sobre su biografía es difícil conocer su formación religiosa. Se cree que pudo haber vivido en Galicia o Francia. En todo caso, por el modo en que la segunda parte está redactada es claro que se estaba encontrando con algo distinto a lo que ella vivía en el Occidente.

Al margen de la espiritualidad que Egeria descubre en Tierra Santa, ha de destacarse que su relato de viaje nos deja ver cómo, desde muy temprano, aquellos territorios en donde el cristianismo nació, se volvieron pronto centros de peregrinaje. Y, sin duda, aquello también contribuyó a la consolidación de la tradición cristiana. Desde entonces, como ahora, los fieles anhelaban visitar aquellas tierras marcadas con un significado profundamente religioso. Aquellas regiones nunca han estado en paz. Con todo y la adversidad, peregrinos vienen y van, motivados quizá por la esperanza de mantener viva la cristiandad en su lugar de origen.

DESPUÉS DEL SIGLO IV

Otro cristiano aparece en Palestina hacia finales del siglo IV. Se trata de Porfirio. Hacia el año 392 fue obispo de Jerusalén y, poco más tarde, fue obispo en Gaza. Se dice que Porfirio erradicó por completo el paganismo de la

[25] *Ibid*., cap. 37, p. 102.

población. Construyó la iglesia que mencioné líneas arriba y que lleva su nombre. La consagró el Domingo de Pascua del año 408 y dedicó toda su vida a atender a los más necesitados. Su generosidad fue tal que, tras su muerte en 420, se volvió un personaje sumamente venerado en Gaza. Sin embargo, unas décadas más tarde, los cristianos de Oriente Medio, incluyendo los de aquella Palestina romana en donde había triunfado el cristianismo, comenzaron a dividirse a raíz de los Concilios de Éfeso (431) y Calcedonia (451).[26]

En el siglo v, Cirilo de Alejandría polemizó con Nestorio (m. 451), el patriarca de Constantinopla desde el año 428 hasta su muerte. Nestorio sostenía que en Cristo había dos naturalezas (diofisismo) distintas y diferenciadas. Cirilo condenó esa postura y defendió lo establecido en el Concilio de Nicea (325) y ratificado en el de Calcedonia, a saber, que en Cristo hay dos naturalezas, la divina y la humana, unidas en una sola persona. Por iniciativa de Cirilo, el nestorianismo se condenó en el Concilio de Éfeso. En Calcedonia se ratificó el rechazo al nestorianismo y se condenó también al monofisismo (la naturaleza humana de Cristo es absorbida por la divina) y el miafisismo (en Cristo hay una sola naturaleza que consiste en la unión de la divina y la humana). A partir de Calcedonia comenzaron a ser más notorias las diversificaciones de las comunidades cristianas de Oriente Medio. Por un lado, las Iglesias Ortodoxas Orientales como la armenia, la copta, la ortodoxa siria, y, por otro lado, las Iglesias Orientales Católicas, como la iglesia siriaca maronita de Antioquía, la católica caldea o la grecomelquita.

La mayoría de los cristianos de la Palestina romana aceptaron el Concilio de Calcedonia y permanecieron fieles a la iglesia imperial de Roma y Constantinopla que, en 1054, terminaría también dividiéndose en catolicismo romano y ortodoxia oriental. Ambos siguen estando presentes en Palestina, a pesar de la cantidad de episodios históricos dramáticos y dolorosos por los que ha pasado la región. Una época particularmente desafiante para los cristianos de la zona fue la ocupación musulmana de Siria-Palestina entre los años 634-637. Tiempos difíciles para los cristianos, sin duda, pero al mismo tiempo enormemente fructíferos para la creación de una teología cristiana

[26] Luis Xavier López-Farjeat, "Las cristologías de Medio Oriente: Armenios, coptos, nestorianos, maronitas y melquitas", *Istor*, núm. 76, 2019, pp. 7-24.

escrita en árabe.[27] En el siglo VII, los principales sitios de la vida cristiana en Oriente Medio fueron ocupados por los árabes: Damasco (635), Jerusalén (637), Antioquía (637) y, poco más tarde, Edesa (640) y Egipto (642). Las narraciones cristianas y musulmanas acerca de la caída de Jerusalén ofrecen versiones distintas e incluso rivales sobre la ocupación. En todo caso, lo relevante es que el cristianismo se mantuvo en pie.

Bajo el dominio islámico, el árabe llegó a convertirse en lengua litúrgica. Desde la segunda mitad del siglo VIII, los melquitas crearon un archivo que incluía traducciones de las Escrituras, vidas de los santos, textos clásicos de la iglesia y, por supuesto, obra teológica de su propia autoría, todo escrito en árabe.[28] La adopción de la lengua utilizada por los musulmanes fue fundamental para enfrentar las nuevas circunstancias políticas y culturales de Siria-Palestina durante los siglos IX y X. Aunque algunas iglesias preservaron el siriaco —un dialecto del arameo— como lengua litúrgica, este tenía un uso local, mientras que el árabe tenía un alcance mucho mayor. Aunque hay bastante literatura cristiana en siriaco, el árabe fue la *lingua franca* para debatir con los musulmanes y para dar, conservar y expandir la doctrina cristiana entre las comunidades de Siria-Palestina, Edesa, Damasco, Antioquía, el Sinaí e incluso Alejandría, en Egipto. Los interesados en la Patrística suelen limitarse a estudiar la literatura escrita en griego y latín. Preservar y revitalizar el cristianismo de Oriente Medio implica recuperar la Patrística Oriental, escrita en árabe, siriaco e incluso otras lenguas como el copto o el armenio. La producción de toda esa literatura, aunada al activismo cristiano en una región históricamente conflictiva, fue crucial para que, durante siglos, las comunidades cristianas sobrevivieran. La situación actual no es halagadora. Mientras la región no logre estabilizarse, todas las personas —cristianas y no cristianas— son vulnerables. Todo indica, sin embargo, que la violencia no basta para ahuyentar la presencia de fieles y peregrinos de las tres tradiciones abrahámicas.

[27] Al respecto, el libro de Sidney Griffith, *La Iglesia a la sombra de la mezquita*, sigue siendo un estudio fundamental a pesar de que en los últimos años se han incrementado los trabajos académicos enfocados en destacar la relevancia de los cristianos de Oriente Medio, entre ellos, aquellas comunidades de la Palestina romana.

[28] *Cf.* Sidney Griffith, *La Iglesia a la sombra de la mezquita: Cristianos y musulmanes en el mundo del islam*, Luis Xavier López-Farjeat y Venancio Ruiz (trads.), Ciudad de México, Editorial NUN, 2022.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez Gómez, Jesús, *Historia de la Iglesia*, vol. I: Edad Antigua, Madrid, BAC, 2001.

Barnes, Timothy, *Early Christian Hagiography and Roman History*, Tubinga, Mohr Siebeck, 2010.

Blumell, Lincoln, Jenn Cianca, Peter Richardson y William Tabbernee, "The Roman Near East", en William Tabbernee (ed.), *Early Christianity in Contexts: An Exploration across Cultures and Continents*, Michigan, Baker Academic, 2014.

Departamento de Estado de Estados Unidos, *2022 Report on International Religious Freedom: Israel, West Bank and Gaza,* en: https://www.state.gov/reports/2022-report-on-international-religious-freedom/israel-west-bank-and-gaza/

Egeria*, Itinerario. El peregrinaje de Egeria (Itinerarius Egeriae)*, Juan Ortega y Charis Pérez (trads.), Coppell, Api Art Editorial, 2019.

Eusebio de Cesarea, *The Ecclesiastical History,* vol. II, libros 6-10, Kirsopp Lake (trad.), Loeb Classical Library, Massachusetts, Harvard University Press.

Fernández, Gonzalo, "La deposición del obispo Asclepas de Gaza", *Studia Historica: Historia Antigua,* vols. 13-14, pp. 401-404.

Griffith, Sidney, *La Iglesia a la sombra de la mezquita: Cristianos y musulmanes en el mundo del islam*, Luis Xavier López-Farjeat y Venancio Ruiz (trads.), Ciudad de México, Editorial NUN, 2022.

Hollerich, Michael, *Making Christian History: Eusebius of Caesarea and His Readers*, Oakland, University of California Press, 2021.

Illich, Iván, *The Rivers North of the Future: The Testament of Ivan Illich*, Toronto, House of Anansi Press, 2005.

Jedin, Hubert, *Breve historia de los concilios*, Barcelona, Herder, 2013.

López-Farjeat, Luis, "Las cristologías de Medio Oriente: Armenios, coptos, nestorianos, maronitas y melquitas", *Istor*, núm. 76, 2019.

Mullen, Roderic L., *The Expansion of Christianity*, Leiden, Brill, 2004.

Quasten, Johannes *Patrología,* Parte I: Hasta el Concilio de Nicea, Ignacio Oñatibia (editor en español), Madrid, BAC, 1978.

Santos Yanguas, Narciso (trad.), "Eusebio de Cesarea y los mártires de Palestina", *Helmántica,* tomo 74, núm. 208, 2023, pp. 9-41 [30-41].

Tanner, Norman, *The Church in Council: Conciliar Movements, Religious Practice and the Papacy from Nicaea to Vatican II*, Nueva York, I.B. Tauris, 2011.

Worldometer, "State of Palestine Population", s/f, en: https://www.worldometers.info/world-population/state-of-palestine-population/